

Libros que podrían matarte

Arsénico y otros venenos
en la encuadernación victoriana

CARLOS DÍAZ REDONDO | @carlosdiazred



Para los que somos bibliófilos hasta la médula y coleccionamos toda suerte de libros raros y valiosos, pocas cosas hay en el mundo más satisfactorias que abrir un buen libro antiguo. Y si ustedes son como yo, y hay pequeños gestos que delatan su debilidad, como escuchar con detenimiento el carteo del papel, aspirar profundamente el aroma a lignina que desprenden las páginas, o acariciar las cubiertas para sentir las huellas rehundidas de la decoración, a partir de ahora tengan mucho cuidado. Ustedes no lo saben aún, pero hay libros que podrían resultarles fatales.

Es cierto que las telas se han utilizado como recubrimiento en encuadernación desde, como poco, finales del medievo. Para muestra, sólo han de acudir a las preciosas encuadernaciones de cintura y camisa representadas entre las manos de regias vírgenes y delicadas santas en las pinturas de primitivos flamencos como van der Weyden, Campin o van Eyck. En España, les remito por ejemplo a las magníficas encuadernaciones en telas ricas realizadas con brocados o damascos para la reina católica, Isabel I de Castilla, o a las tantas cartas ejecutorias vestidas por terciopelos decorados con intrincados bordados que se compusieron para ricos hombres, hidalgos y nobles.

Sin embargo, el uso de telas como recubrimiento para encuadernar solamente logró desplazar a la piel como material predilecto en el siglo XIX. No podemos olvidar que, desde el siglo anterior, la Ilustración había hecho crecer la masa lectora de modo que se precisaban maneras más rápidas y económicas de producir libros en serie. Así, cuando la Industrialización comenzó a reformular todos los procedimientos de creación del libro, surgieron técnicas que abarataban los costes y agilizaban los procesos.

Fue aquel un momento de experimentación que también





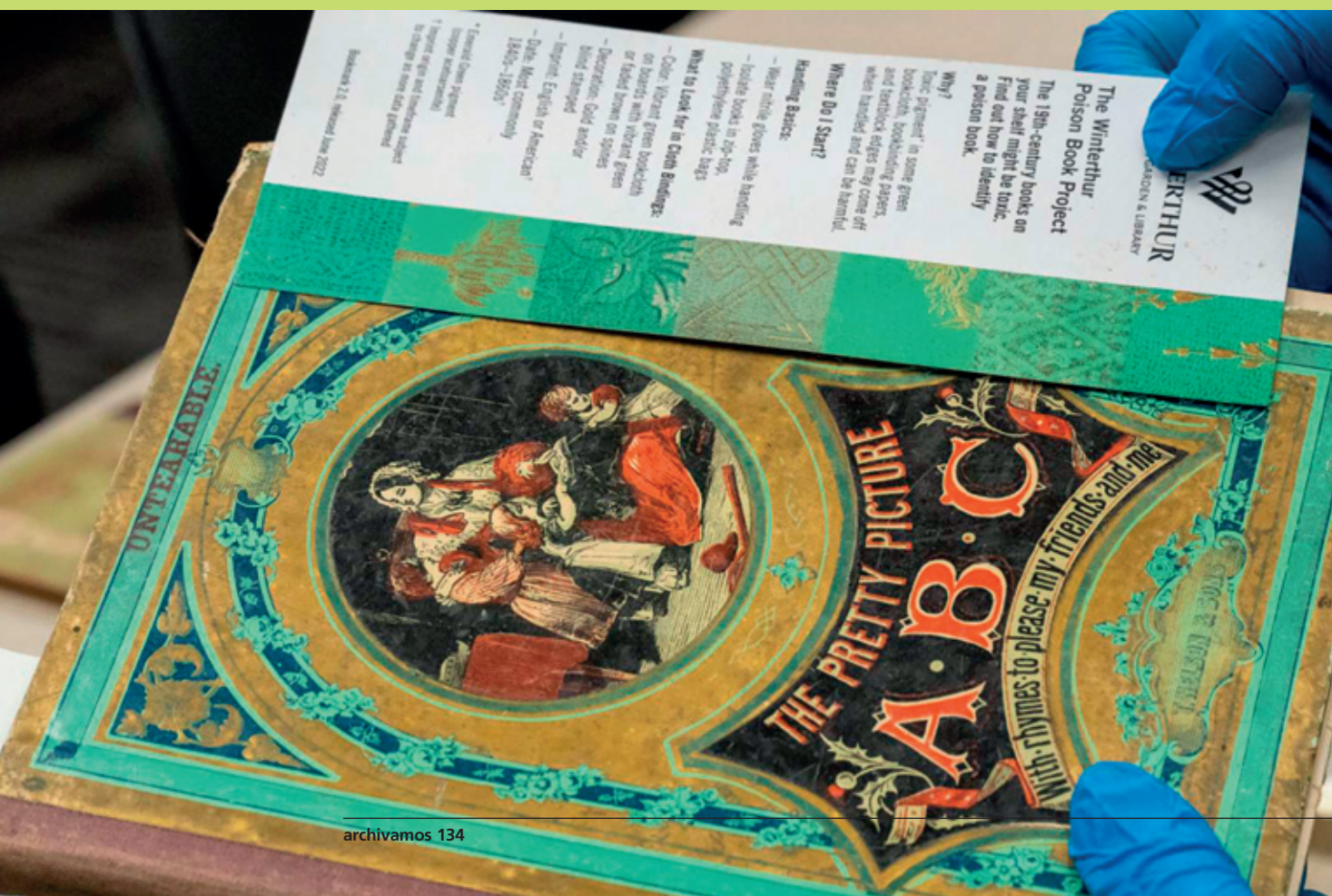
sia" realizado a partir de ferrocianuro férrico, o el "Amarillo de cromo", producido con cromato de plomo.

Todos estos colores alcanzaron altos niveles de popularidad alrededor de la década de 1860, especialmente el verde, empleándose en papeles pintados para pared, pinturas al óleo, elementos decorativos como flores secas y telas para vestir o decorar el hogar. ¿O es que acaso no recuerdan las icónicas cortinas de color esmeralda que envolvieron el grácil cuerpo de Vivien Leigh en la adaptación cinematográfica de 'Lo que el viento se llevó'? Bien, pues digamos que, si esa escena hubiera tenido lugar en la realidad, la legendaria Escarlata O'Hara hubiera tenido que lidiar con todo tipo de efectos perniciosos en su piel ya que, más allá de lo vibrante y llamativo de estos pigmentos, todos ellos son hoy un auténtico veneno para el organismo.

Como podrán imaginar, son muchas las bibliotecas que, en los últimos años, gracias a los avances científicos, han logrado detectar la presencia de libros

afectó a la esfera de los tintes utilizados para teñir pieles y telas. Así, para lograr colores vivos y llamativos, quedaron a un lado los compuestos naturales que se venían utilizando desde la Antigüedad y comenzaron a emplearse pigmentos que hoy sabemos que representan un

grave riesgo para la salud por contener metales pesados y aminoras cancerígenas que pueden ser absorbidas por el cuerpo humano. Hablamos, por ejemplo, de colores como el "Verde de París" logrado con acetoarsenito de cobre y trióxido de arsénico, el "Azul de Pru-



envenenados en sus fondos, donde pasaban desapercibidos, esperando a que algún insensato les sacara de su estantería. Así sucedió hace no mucho en el Winterthur Museum, Garden and Library de Delaware, Estados Unidos. Mientras la doctora Melissa Tedone, jefa de conservación, trabajaba sobre un volumen de 1857 titulado "Rustic Adornments for Homes and Taste", detectó a través del microscopio que había pequeños fragmentos de almidón teñidos con pigmento "Verde de París" que se estaban descascarillando de la tela de encuadernación. Inmediatamente, la jefa de laboratorio del museo, la doctora Rosie Grayburn, tomó una muestra y la sometió al espectrómetro de fluorescencia de rayos X, confirmando que el pigmento contenía cobre y arsénico que se estaba liberando al ambiente con la manipulación del volumen.

Por esa razón, en 2019, con la colaboración de la University of Delaware, decidieron lanzar el "Poison Book Project". El fin no sólo es artístico —o al menos a mí me lo parece—, sino que tiene como objetivo localizar y estudiar estos volúmenes y facilitar una serie de pautas para que se almacenen y conserven de una forma correcta y segura. Para ello se creó una base de datos colaborativa que ha permitido intercambiar información con más de cincuenta instituciones culturales de todo el mundo. Hasta el momento, el equipo de trabajo, capitaneado por la doctora Tedone, ha descubierto la friolera de tres centenares de libros que contienen el célebre "Verde de París". El listado completo de obras puede consultarse en su sitio web.

Si bien en principio estos libros podrían causar solamente daños menores, los individuos que suelen manipularlos a menudo, como bibliotecarios o investigadores, podrían terminar inhalando o ingiriendo accidentalmente pequeñas particu-



las de arsénico que podrían causarles desde cefaleas, mareos y náuseas, a calambres estomacales o irritaciones de mucosas y lesiones en la piel. En casos más graves, con un contacto prolongado que cause intoxicación, pueden llegar a darse insuficiencias cardíacas, enfermedades pulmonares, disfunción neurológica e incluso, en situaciones ya extremas, la muerte.

De modo que ya saben. Si cae en sus manos una bella edición decimonónica, con su esigada tipografía romántica, sus grabados litográficos, su señuelo de seda y su encuadernación en telas de vivos colores, por favor, manipúlenla con cuidado. Aunque no se me ocurre una forma más poética de exhalar el último suspiro, sean cautos: esa obra podría matarles. ■

